

Esta es la historia de una joven artista latinoamericana. Apasionada por el arte desde temprana edad, se desenvuelve como actriz y cantante en su pequeña ciudad de residencia. Se gana el sustento dando clases particulares y con ocasionales presentaciones en el teatro del centro cultural de su barrio. Sus familiares siempre le dijeron que no podría ganarse la vida con el arte, pues debía buscar una profesión “de verdad”. No obstante, los medios de comunicación siempre le mostraron numerosos casos de gente que era descubierta por cazatalentos y llegaban muy lejos en el mundo artístico. Pero ella... ella a las justas cubre sus cuentas mes a mes. No está afiliada al Seguro Social ni tiene esperanzas de una jubilación. El amor al arte llena su corazón, pero a veces su estómago es el que está vacío.

Hoy se encuentra en su casa. Ya perdió la cuenta de los días que han transcurrido desde la oscura noticia de que una pandemia global invadió muchas ciudades del mundo. Conoce varias personas que también son artistas, sin embargo, muchos están igual de confundidos que ella y sin un rumbo fijo. No tienen una institución que los ampare ni son prioridad. Desde que se cerraron todos los espacios de encuentro y compartir nada; las ciudades están en silencio ya no hay gente en las calles y ambientes de espectáculos y hasta los cafés están cerrados, no hay espacios donde se puedan intercambiar ideas o simplemente conocer gente diferente. Ni los que eran conocidos a gran escala continúan trabajando abiertamente como lo hacían antes, sólo los más conocidos y famosos tienen espacios para sus alianzas y patrocinios. Pero la misma maldición de la desigualdad que recae sobre el mundo, pesa más para los artistas.

**¿Cómo aumentar el asociativismo en el sector cultural en un porcentaje del 25% anual?**